

# La mirada del perro

Sergio Mira Jordán

## Primera Parte

Lo primero que debes aprender es a mantenerte calmado durante toda la partida. Me explico: si tienes un póquer de cincos y haces el mínimo gesto de que lo tienes, estás perdido.

¿Queda claro?

Bien. Dicho esto, empecemos.

Cuando conocí a Marcelo Cuesta hacía tiempo que lo había perdido todo. Lo poco que quedaba de mi familia terminaba de esparcirse por el mundo como cenizas al viento, casi en el mismo instante en el que yo metía el frasco con las cenizas de mi mujer en la guantera del coche. Más tarde intentaría suicidarme en ese mismo coche, un Citroën AX verde oliva del noventa y cuatro, aunque eso pasó algo después.

Por ahora, en este punto de la historia, yo tengo cuarenta y dos años y acabo de salir de la tienda de una de las tantas gasolineras BP de nuestras carreteras. Son exactamente las cuatro de la mañana y veintitrés minutos de un miércoles 17 de septiembre. El año no importa. Sobre el asiento del acompañante hay una pila de libros de autoayuda para dejar de fumar. Libros sin autor y de editorial desconocida, con las tapas azules y rosas y títulos tan variados como *Dejar de fumar en 30 días*, *Deje de fumar por el método budista* o *Técnicas ludópatas para dejar de fumar* (este último consistente en gastar el dinero para tabaco en máquinas tragaperras). En el radiocasete del coche suena una de esas cintas de gasolinera a 5,95 con éxitos de Joaquín Sabina de su primera época. Hace un par de horas partí en dos una cinta de autoayuda para dejar de fumar.

*Hola, fumador. Soy el Dr. Sánchez Soler.*

Y a ti te da exactamente igual, porque no sabes quién es y tú quieres que el tipo que te ayude a dejar el tabaco sea Julio Iglesias o Maradona.

*Voy a ayudarte a no fumar nunca más en la vida. Durante los siguientes cincuenta minutos no fumes. Si lo consigues, jamás volverás a fumar.*

Todas esas cintas son parecidas, copias de otras cintas que a su vez son copias de otras. La cadena es eterna, ya saben. En esa, con un fondo realmente paranoico de música ambiental, el tal Dr. Sánchez Soler iba exponiendo uno tras otro los motivos para no fumar. Cada diez motivos más o menos me fumaba un cigarrillo, tirando el humo hacia el techo del coche. Caladas eternas, disfrutando del paisaje a 65 kilómetros por hora, con los demás coches haciéndome señales con las luces o tocando el claxon.

¿Han escuchado alguna vez eso de que fumar irrita? Quien fume sabe que no es cierto. Con el pitillo agotándole segundos a mi vida soy el tío más tranquilo del planeta.

A pesar de lo que he hecho.

Pero ya llegaremos a eso.

Vuelvo al principio. Al principio de todo. Al día de mi cuarenta cumpleaños, un sábado de resaca en el que mi mujer ponía una nota sobre la almohada y luego salía de casa mientras yo continuaba durmiendo. Lo que mi mujer escribió en la nota no tiene importancia ahora. Creo que era «Enseguida vuelvo, cariño» o «Feliz cumpleaños» o algo por el estilo. Incluso puede ser que no fuera una nota en sí, sino uno de esos tarjetones descomunales que se adquieren en las papelerías. Eso ya no tiene importancia alguna. Seguramente habrán oído historias de maridos abandonados cuyas esposas les dejaron notas y ellos las guardan en la cartera, arrugadas y amarillas, junto a un billete que les recuerda a *Ella* y dos entradas en blanco en las que ya ni siquiera puede leerse la última película que fueron a ver juntos.

Yo no les aburriré con ese tipo de cosas.

Sin embargo, tampoco vayan a pensar que mi mujer me había abandonado. No vayan a pensar que éramos el típico matrimonio malavenido que dormía en pareja únicamente por problemas de espacio libre en el piso de 90 m<sup>2</sup> que llevaban compartiendo media vida; no vayan a pensar que hablábamos intercambiando monosílabos y nos centrábamos la mayor parte del día en joderle el día al otro.

No.

De ser así, dudo mucho que Blanca me hubiera soportado durante tanto tiempo. Dieciséis años casados son muchos días de mirarse a la cara minuto a minuto. Ella no me abandonó. Mi mujer, simplemente, bajó a la calle para comprar una tarta o un maletín nuevo o lo que fuera, y se murió.

Muchas amigas tuyas me dijeron que debería tratar de olvidar ese día de mi cumpleaños. Es algo que es mucho más fácil decirlo que hacerlo, por supuesto, pero diré únicamente que estuve despierto en la cama durante más de cuatro horas. Mirando al techo. Luego vino lo que ustedes pueden imaginarse. Hospitales. Ambulancias. Enfermeros dando el pésame. Médicos dando el pésame. Funerarias. Lágrimas y abrazos. Se lo imaginan perfectamente, así que me centraré en la noche anterior, en la fiesta que hubo en mi casa.

Blanca y yo llevábamos preparándola una semana y media, lo que quiere decir que Blanca llevaba preparándolo todo una semana y media. A mí solo me quedaban un par de amigos que ese día no podían asistir y mi único hermano estaba muy lejos y muy ocupado como para venir a emborracharse a la otra punta del país. Por lo tanto, las amigas de Blanca y sus maridos eran los únicos invitados a una fiesta de cumpleaños, la de mis cuarenta, donde yo intuía que se iba a hablar más de por qué no teníamos todavía hijos o de por qué la pared del dormitorio ya no era verde pastel, en lugar de hablar de la tan comentada crisis de los cuarenta —y que luego no es tanto— o del también recurrente tema de cuándo demonios iba a comprarme un coche nuevo.

El caso es que ahí me encontraba yo, en mi propia casa, en mi propia fiesta de cumpleaños, en el centro de la mesa, pero ajeno a todo, olvidado, como un pequeño planeta sin atmósfera ni recuerdo que soporta estoicamente el ir y venir de satélites y polvo espacial porque la carambola del azar ha decidido situarlo en ese punto del

universo. Después de todo, ¿quién era yo? El marido de Blanca, ¿verdad? Para todas, de Blanca, mi amiga. Para algunos, el capullo que la pescó primero y le hizo casarse con la amiga fea del grupo.

Ellas se conocían desde pequeñas, de la escuela, de esos juegos infantiles de combas y pollitos ingleses a las cinco de la tarde, de suspirar por el mismo niño —el más malo y más rebelde del colegio de curas— en la invulnerable soledad de sus habitaciones cerradas, durante esos años tan inocentes y pasados en los que para darle un beso a algún chico era necesario ser escogida por la ventura azarosa de una botella de vidrio (o por la también azarosa ruleta de una genética sin demasiado acné). Se conocían de esos años de ir semana tras semana con el mismo insulso uniforme de jersey azul marino y falda a cuadros con tonos restaurante de comida típica que, si se te manchaba de tomate el lunes, ibas con esa mancha hasta el viernes.

Por el contrario, nosotros, los cinco tipos que engullían en silencio *mis* galletitas saladas y *mis* canapés de queso fresco con kiwi y yo, únicamente nos conocíamos de las fiestas de cumpleaños de ellas, de alguna cena de Nochevieja en tediosos hoteles del centro o de excursiones en las que incluso sus hijos me preguntaban: «¿Por qué *tú* no tienes hijos?».

Sí. Ahí estábamos nosotros, los seis maridos de las seis amigas de la infancia, fingiendo un algo que no estaba muy claro, asintiendo a las gilipolleces de las esposas ajenas con una mueca mezcla de complacencia y de horror. Con la capacidad y la confianza que nos daba el haberlo hecho durante todas las reuniones anteriores.

Sin el más remoto atisbo de culpa o arrepentimiento.

De ese modo, como comprenderán, antes de que pudiera darme cuenta llevaba varias copas de vino, otros tantos platos de almendras y aceitunas y un par —aunque quizá fueran más— de *whiskies on the rocks*.

Como es de suponer, a la hora de los regalos yo ya estaba tan ausente que ni siquiera los recuerdo. Tampoco importa mucho. Aunque sea tu cumpleaños, si la pareja que tiene que regalarte cualquier cosa no te conoce porque solo se conocen tu mujer y su amiga, si por otra parte el otro marido no ha hecho más que decir en una semana: «Qué le vamos a comprar a ese si no lo conocemos de nada»; si pasa todo eso, lo más seguro es que aunque sea tu cumpleaños y estés muy ilusionado por sumarle días a tu vida, aunque

se celebre con alegría el día en que tú viniste al mundo... , aunque pasa todo eso, decía, lo más seguro es que acabes recibiendo algo para tu mujer.

La verdad es que no me acuerdo de ningún regalo (¿fundas para el sofá?, ¿una batidora de ultimísima generación?, ¿una máscara africana?): tengo un vacío mental de buena parte de esa noche. Con el reloj del salón justo enfrente, vi pasar de las once a la una en unos segundos y luego pestañeeé y ya eran las dos de la madrugada. Lo único que recuerdo de esa noche, y es lo que de verdad les importa ahora mismo a ustedes, es a mi mujer alzando una copa de cava mientras decía con voz firme y clara:

—Brindo para que en este año de tu cuarenta cumpleaños tengas la fuerza suficiente para dejar de fumar.

El mínimo guiño o gesto o mueca hacia otro jugador durante la partida provocaría que los demás jugadores se levantaran de la mesa a pegarte una paliza.

En el menor de los casos, simplemente podría provocar tu expulsión de la partida.

La sutileza es fundamental.

Es otra de las cosas que te enseñan al principio: por supuesto que en el póquer hay guiños, gestos y muecas.

Pero hay que saber hacerlos.

Cuando conocí a Marcelo Cuesta habían pasado algunos meses desde que lo vendí todo y, enfundado en mi AX, me largué a conocer mundo por la autovía dirección a ninguna parte.

En mi cabeza rondaban continuamente las últimas palabras de Blanca. Vale, de acuerdo; tal vez sea un poco exagerado afirmar que esas fueran sus últimas palabras, pero queda bien. Todos lo hemos dicho alguna vez, ¿no? Pero nadie recuerda realmente la última palabra. Quizá «Adiós», «Nos vemos mañana», «Te quiero, cariño». Puede ser incluso «No tardes mucho, ¿eh?».

Así que tal vez esas no fueran exactamente sus últimas palabras, pero sí que son las últimas que yo recuerdo. Y con eso me sobra.

No era la primera vez que me decía algo así, claro está. Ella había dejado de fumar seis años antes y desde entonces no cesaba en su empeño de que yo también lo hiciese. Para mi treinta y cinco cumpleaños me regaló uno de esos libros para dejar de fumar en doce pasos. Al año siguiente el regalo consistió en un paquete de Fortuna lleno de cigarrillos mentolados de farmacia. Llevo fumando desde los quince y lo único que he conseguido es bajar mi tasa diaria a paquete y medio más o menos, a veces más y a veces muchísimo más.

Blanca consiguió dejar de fumar de un día para otro. Siempre fue así de testaruda. Y no es de esas personas que te dicen que han dejado de fumar y luego van al aseo, le dan dos caladas a un cigarro, lo apagan enseguida y vuelven mascando chicle. Fíjense. Si alguno de sus amigos ex fumadores, aparte de restregarles por la cara continuamente su condición de ex fumador y lo beneficioso que eso es para su organismo (a pesar de que ahora se mete entre pecho y espalda ocho cafés diarios), van al aseo y vuelven mascando chicle de menta, tengan por seguro que le ha echado un par de caladas rápidas a uno de los cigarrillos que guarda, pachucho y medio roto, en el bolsillo interior de la chaqueta.

Pero, ojo, si hay algo peor que un ex fumador orgulloso de serlo, es el ex fumador que ha perdido su condición de «ex» y ha vuelto a fumar. Me conozco el discurso de memoria:

—Nunca lo podré dejar... Soy un negado.

Con las ex fumadoras el discurso es bien diferente:

—Lo he intentado, vale, pero no, definitivamente no. Además, realmente no es tan malo como dicen.

Pero la verdad es que sí es tan malo como dicen. La primera y única vez que fui (obligado por Blanca, por supuesto) al médico para que me aconsejara, el tipo en cuestión empezó a mostrarme fotografías de pulmones con cáncer, de anónimos personajes con la laringe destrozada, e incluso de una tumba cuyo epitafio decía: «Murió fumando».

Nada más salir de la consulta me encendí un pitillo.

¿Han leído el relato aquel de Quim Monzó en el que un bebedor se da cuenta de que podía beber cuanto quisiera una vez le reventase el hígado?

Pues, ¿saben?, fue la misma sensación.



El día que murió mi mujer, el día más caluroso del año como luego dirían los informativos, yo estuve más de cuatro horas mirando al techo.

A las diez y media, tal vez, mi mujer se despertaba y salía de casa, dejándome una nota sobre la almohada. A las once y veinte despertaba yo, con una resaca importante y la lámpara del dormitorio dando vueltas sobre mi cabeza, con la misma sensación que debe de tener el Sol viendo todos esos planetas girando alrededor de él.

La luz invadía la habitación.

A esa hora, Blanca ya había cogido su coche, había ido al centro comercial y había llenado dos bolsas con lo necesario para recluirnos en casa durante el fin de semana. A redescubrir viejos clásicos del cine de los 40. A hacer el amor de manera salvaje, hasta que viniera la policía avisada por los vecinos para frenar nuestros impulsos. A comer, desayunar y cenar, por ese orden, tirados en el sofá sin más preocupaciones que nosotros dos. A esa hora, como decía, Blanca ya había pagado veintisiete euros con treinta y ocho céntimos con la tarjeta de la CAM en la caja registradora número nueve, atendida por una jovencita llamada Natalia, que llevaba una semana trabajando en el centro comercial con la idea de costearse sus futuros estudios de Turismo en la universidad.

A las doce y poco, o quizá antes, mi mujer cayó fulminada sobre el suelo de asfalto del aparcamiento D, el del osito verde, del Carrefour. A esa misma hora, alguien vio a mi mujer golpearse contra el suelo y se acercó para intentar reanimarla de lo que en apariencia era simplemente una lipotimia.

En el hospital, envuelto en manos que me daban el pésame, de voces que no paraban de decir entre lágrimas «Pero si ayer estaba la mar de bien, ¿verdad?», no recuerdo quién me deslizó las dos bolsas del centro comercial y una tercera con su ropa. El día que murió, mi mujer llevaba unos shorts rojos, sandalias blancas y una blusa rosa. Tenía treinta y siete años, tres meses y catorce días. Puedo decirles también los minutos y los segundos, pero no quiero parecer un loco.

Tenía treinta y siete años y en la foto que sus padres me dieron para el nicho estaba sencillamente perfecta, como siempre. Pero ella quería ser incinerada y así fue.

Me pasé en casa de mis suegros un par de días, hasta que todo acabó, hasta que a la salida del crematorio unas cincuenta personas me dijeron, una tras otra, que las llamara para lo que fuera, «Para lo que sea, ¿entiendes?».

Y luego volví a casa. Cuando crucé la puerta, abrazado al frasco de las cenizas de mi mujer, calculé que me habría fumado cinco o seis paquetes en dos días.

Y después estuve una semana y media en silencio, escuchando música, viendo reposiciones de películas de serie Z de los 70 en canales perdidos de la televisión digital, leyendo, ordenando los CD, yendo y viniendo del trabajo, recortando noticias curiosas del periódico, fumando.

Casi nada. Pero realmente no fue una semana y media, sino un año y medio. Subsistiendo con la pensión de viudedad y lo poco que me daban por la poca faena que hacía. Un día me dijeron en el trabajo que podía hacer lo mismo desde casa, así que yo me pasaba los días sentado en el sofá de un piso que únicamente me recordaba a Blanca. No a mí con ella, sino a ella a solas: la película que le gustaba a Blanca, la canción que le gustaba a Blanca, el sillón de Blanca.

Estaba relejendo *Desayuno con diamantes* y se murió. Y lo peor de todo es que el relato de Truman Capote siguió en la mesita de noche del dormitorio mucho tiempo. Quizá demasiado. Se trataba de una edición barata de bolsillo que se compró en un mercadillo de ocasión. Cuando se lo regalé a alguien que ya no recuerdo todavía tenía el punto de lectura en la página 58, justo cuando Holly le espeta al narrador: «Necesitas unos cuatro segundos para ir de aquí a la puerta. Te concedo dos».

Si han intentado alguna vez dejar de fumar, se percatarían seguramente de que es entonces cuando ponen más anuncios de marcas de tabaco en los periódicos y en las marquesinas de las avenidas. Cuando quieres dejar de fumar, en todas las películas sale alguien disfrutando de un enorme puro. O cualquier conocido tuyo vuelve a fumar. O en las noticias, durante una entrevista a alguna centenaria mujer de cualquier lugar exótico del mundo, el periodista de turno dice:

—Y fuma medio paquete al día...

Siempre pasa igual.

En confianza, yo creo que los estancos avisan a los medios de comunicación: «Oigan, que tal cliente ya no viene y no está muerto». Y entonces comienza el engranaje que hace que vuelvas a ir al estanco.

—¿Otra vez por aquí?

—Sí... El vicio...

Y tú siempre te preguntas si es que te sigue o qué, o si disfruta viéndote fumar, viendo cómo te gastas cada día cinco euros y pico.

Por cierto, no viene al caso, pero ¿sabían que en EE.UU. han inventado un día para que la gente deje de fumar o fume menos? Bueno, y si no lo sabían supongo que es fácil imaginárselo. Es América, el lugar de las batallas de tractores agrícolas, el país donde cualquier cosa es posible...

Pues bien, el tercer jueves de noviembre de cada año se celebra el Great American Smokeout, convocado por la Sociedad Americana contra el Cáncer, que en inglés se escribe American Cancer Society.

La idea surgió en los años setenta del siglo XX: una tal Lynn R. Smith, editora del *Monticello Times* de Minnesota fue la primera, en 1974, en encabezar una campaña así, tal vez inspirada por Arthur P. Mullaney, vecino de Massachussets, que pidió que por un día la gente no fumara y donara el dinero de los paquetes para una escuela.

Eso fue en 1971. Desde entonces se han escrito miles de libros en todo el mundo para que la gente deje de fumar. Creo que tengo todos esos libros en el asiento del acompañante de mi Citroën AX.

Arranco el coche y tomo de nuevo la autovía, dejando atrás las luces verdes y amarillas de puticlub de la gasolinera. A las cuatro y pico de la madrugada de este 17 de septiembre no hay coches por la carretera. Algún que otro camión y poco más. Llevo dos horas conduciendo. Llevaba siete meses conduciendo. Cruzando pueblos y ciudades, leyendo libros de autoayuda, fumando, durmiendo en camas duras que todavía mantenían intacto el aliento húmedo del último visitante.

Pero todo empezó por culpa de un día nublado, un día en que la luz tardó más tiempo en llenar el salón de mi casa, así que cuando desperté sobre el sofá ya era media tarde. En ese momento decidí cumplir lo que mi mujer me pidió unas horas antes de largarse del mundo para siempre. Iba a dejar de fumar. Y lo vendí todo. La casa y lo que había en ella. Repartí el contenido de los armarios a casi todas las organizaciones benéficas y me quedé con lo justo. Después de todos esos meses en el coche, había hecho una media de trescientos kilómetros al día y todavía no sabía adónde ir.

Visitaba lugares.

Leía letreros.

En uno de esos lugares apareció Marcelo Cuesta y mi vida cambió. Cuando conocí a Marcelo Cuesta oí un ruido de cristales rompiéndose y luego lo vi, desde abajo, mientras yo permanecía tumbado en el asfalto, destacándose entre algunas caras que curioseaban, diciendo con su voz de niño:

—Venga... fuera... esto no es un circo.

En uno de esos lugares conocí a Marcelo Cuesta y pocos días después ya tenía los pies encima del salpicadero de mi AX y continuaba leyendo su inseparable poemario de Iribarren.

Marcelo Cuesta no es de la clase de tipos que en la primera impresión te lo imaginas leyendo poesía. A ver, me explico: es casi un chaval, no pasará de veinticinco años y tiene cara de mojigato. Es de la clase de jóvenes que hacen que te cambies de acera o que te entre un sudor frío por la espalda cuando te lo cruzas una noche sacando la basura o volviendo a casa después de dejar el coche en el garaje.

Me comentaba los poemas pero yo no le hacía caso.

Hablaba a gritos por encima de la música de Sabina —y eso que yo nunca ponía muy alto el volumen—, pero yo no le escuchaba.

Conducía sin mirarle a la cara, repasando cada minuto que había pasado desde que, en el aparcamiento de un restaurante de carretera, en medio de ningún lugar, me diera un par de bofetadas y yo me ofreciera a llevarle a cualquier sitio.

Pero retrocedamos unos días.

Había tenido una mala noche. Cualquiera no la tenía. El camarero del hostel me había tirado del bar apagando todas las luces menos la que proyectaba la sombra de mi cabeza sobre la barra. La invitación a largarse de ahí cuanto antes. Ya en la habitación, medio borracho y consumido, me acabé el tercer paquete de cigarrillos del día y me puse a releer capítulos de mis libros de autoayuda.

En los manuales para dejar de fumar te indican, en primer lugar, que uno debe tomar la decisión de hacerlo y luego buscar una motivación que te mantenga firme en esa decisión. O sea, que hay que querer. Es lo que llaman fuerza de voluntad. Y yo de eso tenía, o al menos me quedaba algo de motivación por el último deseo de mi mujer. Así que los dos primeros capítulos de todos los manuales me los saltaba. Y eso incluía la lista de razones.

Cumplido el primer paso (Motivación-Convicción), pasaba al tercer capítulo. En la mayoría de manuales este capítulo se dedica directamente a acojonar al lector: cáncer pulmonar, laríngeo, esofágico. Cáncer de vejiga y de riñón. Angina de pecho. Riesgo de infarto. Hipertensión arterial y arteriosclerosis. Enfisema pulmonar. Bronquitis crónica. Y un larguísimo etcétera.

Por lo general suelo dejar de leer en el tercer capítulo. Entonces me entran los nervios y fumo. Si el libro viene con dibujos y fotografías es aún más desagradable. Pulmones pudriéndose. Corazones enfermos. Riñones raquíuticos. Todo el espectáculo de la muerte a un solo cigarrillo de distancia.

Si eres mujer todavía lo tienes peor. Pero eso ocurre solamente si el tipo que escribe el libro o el grupo de tipos que escriben el libro son machistas. Leí en una ocasión, y la cita es textual, que «las mujeres tienen motivos mucho más poderosos para dejar de fumar», ya que fumar causa arrugas prematuras en la piel, produce mal aliento, las uñas se vuelven amarillas y la ropa y el pelo huelen a colilla.

O lo que es lo mismo: nadie te querrá.

También se decía que las mujeres deben dar ejemplo a sus hijos. Y la razón que se argüía para todo eso era algo así como que «en nuestro entorno, una mujer fumando no es *socialmente* aceptado y no es atractivo para los hombres». El subrayado es mío. Les prometo que el libro es de 1998; ya ven, no hace tantos años. Quien lo escribió debía de tener un palo atravesado en el cerebro o algo por el estilo.

O eso o es que no vio de pequeño fumar a Ava Gardner en la gran pantalla.

Tras todo esto, y si todavía te quedan fuerzas para continuar, pasas al siguiente capítulo: el fatídico primer día. «Hoy no fumaré ni un cigarrillo». Y cuando lees esto te llevas uno a la boca.

Hay libros de autoayuda que te aconsejan permanecer el mayor tiempo posible en sitios donde esté prohibido fumar. Y ahí los tienen: en las bibliotecas, en los museos, en las iglesias. Comiéndose las uñas o mordiéndose el labio inferior. Cruzando las piernas. Primero la derecha sobre la izquierda. Luego al revés. Intranquilos. Nerviosos. Distrayéndose con un libro que no quieren leer. Soportando el sermón o mirando los santos de las vidrieras de las paredes. Apreciando los colores, texturas y formas de un cuadro de Manet o de Renoir. Asistiendo a aburridísimas conferencias sobre narrativa hebrea. Pensando en las ganas que tienen de fumar dos o tres cigarrillos que les sienten como una eyaculación prolongada y duradera. Concibiendo el cigarrillo como la extensión encendida de sus cuerpos. Intentando que no se les note demasiado que siguen haciendo el amor con sus mujeres por la ceremonia postcoital del cigarrillo.

En otros libros aconsejan tomar fruta en las horas libres del trabajo, o jugar con un lápiz o un clip para tener algo en las manos, o masticar chicle dietético o chupar un palo de canela. Y ahí los tienen de nuevo, reconocibles a distancia, moviendo sin cesar sus bocas, apestando a chicle de menta, igual de nerviosos. Y, lo que es peor, poniendo nerviosos al resto de personas.

La mayoría de las veces que estén en el trabajo y oigan cómo a su compañero se le cae un lápiz de las manos o un clip de la boca, piensen que está dejando de fumar. No fallarán. Pero lo peor es que ustedes ya lo saben, porque hace una semana y media ese mismo compañero vino y os dijo:

—Estoy a punto de iniciar un plan para dejar de fumar.

Y lo dice orgulloso, con convicción. Pero es que también nos lo dice porque así lo pone en muchos libros de autoayuda. Pone que tienes que decírselo a tus compañeros para que estos no vengan y te ofrezcan tabaco. Si se dan cuenta, el tipo que antes salía al patio a fumarse cinco cigarrillos en los quince minutos de descanso, con el ensordecedor ruido de las máquinas bramando en el interior, ya no sale. Ahora se queda dentro, apoyado en alguna parte, mordiéndose una manzana, con la misma cara de palurdo de siempre, pero

ahora comiéndose una manzana. Y entonces recuerdas que hace tres semanas vino y anunció en voz alta:

—Voy a dejar de fumar.

Se les reconoce a distancia. Algunos se compran ropa nueva o una consola portátil, únicamente porque en los libros de autoayuda está escrito que deben encontrar nuevas aficiones.

O se apuntan al gimnasio.

O a un cursillo nocturno de bailes de salón.

O a clases nocturnas de solfeo y clarinete.

O van con sus mujeres a charlas sobre comida zen.

Son los mismos tipos que ahora llevan a sus hijos a la escuela y les preguntan a sus hijas si tienen problemas, si les gusta algún niño o si alguien intenta abusar de ellas.

Son los mejores padres, o eso quieren que nosotros pensemos.

Pero yo los tengo calados desde hace mucho tiempo...

Caladas.

Chupar un cigarrillo hasta quedarse sin aire, seco, hasta que tienes que soltar todo el humo, con la cabeza en alto, el mentón apuntando al cielo. Una calada tras otra, hasta que el cigarrillo se consume del todo y, en pleno éxtasis orgásmico, te enciendes otro y otro y otro. Hasta que el hijoputa del jefe te dice que no te paga por fumar y que quería esos papeles en su mesa a las doce y cuarto y ya son y media pasadas.

Nunca sabes jugar al póquer al cien por cien. Controlas algunas manos, puedes adivinar lo que esconde la mayoría de jugadores, pero en el fondo no tienes ni la más remota idea.

Apuestas por corazonadas, casi sin pensar. Subes, doblas, triplicas la apuesta y luego te das cuenta de que tienes una doble pareja. O incluso una triste pareja de treses.

Es entonces cuando te repites, una y otra vez, luchando contra los nervios, que la mitad de la mesa va seguramente de farol.